

## 5.5. Economías populares y las tareas de cuidado en tiempo de aislamiento y crisis global

Galia Savino<sup>21</sup>

*Las ollas hoy se conectan con los calderos de antes.*

*Las ollas devienen calderos.*

*En estos tiempos está en crisis la reproducción social en muchos barrios y emergen los saberes de la crisis.*

**Cavallero-Gago (2020). Una lectura feminista de la deuda  
¡Vivas, libres y desendeudadas nos queremos!**

La crisis que atravesamos a escala mundial y que hace eclosión con la pandemia es de dimensiones difíciles de asimilar, sobre todo en los sectores más vulnerables de la sociedad. Es evidente que la pandemia no ha generado la crisis, sino que ha acelerado la manifestación de neoliberalismo en su forma más mortífera sobre cuerpos concretos, incrementando los niveles de desigualdad, arrasando con niveles de trabajos tanto formales como informales, recrudesciendo la dependencia y la invisibilización del trabajo reproductivo en el hogar y en los espacios comunitarios. Este punto no supone una novedad. Por eso, es central que nos preguntemos: **¿Cómo resuelven los cuidados en contexto de pandemia? ¿Cómo se vive la cuarentena en las economías populares? ¿Cuál es el rol del Estado en la provisión de servicios sociales? ¿Qué sería de la pandemia sin la previa politización de los cuidados, sin la militancia por el reconocimiento de las tareas de reproducción en el ámbito doméstico, sin la denuncia del endeudamiento tanto público como privado?**

---

21 Licenciada en Trabajo Social, FTS-UNLP. Integrante de equipos de investigación del Instituto de Estudios en Trabajo Social y Sociedad (IETSyS-FTS). Graduada adscripta a la Cátedra de Salud Colectiva (FTS-UNLP). Trabajadora Social en el Equipo interdisciplinario de la Casa de Atención y Acompañamiento Comunitario (CAAC) "Hogar Puertas abiertas" de La Plata. Trabajadora Social del Patronato de Liberados de la Provincia de Buenos Aires.

## Las tareas de cuidado el contexto de pandemia y la economía popular

El debate acerca de los cuidados, adquirió más fuerza a partir de las medidas adoptadas en el marco de la pandemia del COVID-19, que permitió visibilizar con mayor claridad la importancia de estas tareas. La pandemia provocó un cambio en las rutinas de toda la población. El Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO) dispuesto por el gobierno nacional significó el cierre de escuelas, como todos los espacios sociales, clubes, centros comunitarios, etc, desde el 20 de marzo de 2020.

Con el fin último de hacer frente a la pandemia, en este tiempo han emergido y se han visibilizado procesos colectivos de cuidado mutuo, prácticas solidarias, redes de ayuda, entre otras. Algunas de estas dinámicas ya existían en nuestro país, así como otras se reinventan día a día. En este sentido, es preciso mencionar que en los barrios populares, los trabajos reproductivos y de cuidado que se realizan al interior de los hogares son combinan con otros de índole comunitaria “(...) es en esa construcción colectiva de estrategias que se saldan las privaciones materiales y se garantiza el acceso a derechos tan básicos como la alimentación, la vivienda, la educación, la salud o la recreación” (Gago-Cavallero, 2020, p. 77).

En Argentina, las economías populares (EP) no son una realidad reciente, operan sobre un desmantelamiento de los servicios públicos de larga data. Tal es así que esta situación se traduce en infraestructuras locales y flexibles que se hacen cargo de las cuestiones vitales de sus habitantes. Hablamos de labores que exigen poner el cuerpo a las adversidades climáticas, largas jornadas laborales sin descanso, trabajo a edades tempranas. Estas labores, son entendidas “como formaciones económicas, sociales, políticas y culturales heterogéneas que constituyen entramados de procesos, prácticas y sentidos para lograr la reproducción de la vida en medios de contextos de alta precariedad” (Azzati, S et. al, 2020: 4). Es por ello que, con el contexto actual por el que estamos atravesando, podemos identificar las EP como economías de primera línea, son actores de primer orden en la interlocución con

las políticas gubernamentales y construyen infraestructura autogestiva (Azzati, S et. al, 2020).

Si bien las EP son las primeras que han notado una reducción de sus ingresos, siendo también las más afectadas por el bloqueo de la movilidad y la militarización, a su vez son las que funcionan como espacios principales de respuesta a los efectos más devastadores de la crisis. En los territorios más afectados, son las protagonistas de los espacios urbanos y rurales las encargadas de la alimentación de sus habitantes.

En este contexto de crisis, ante el avance del COVID-19, dentro de los barrios, la organización nace a voluntad de les vecines y organizaciones barriales. Cada una aporta sus ollas, sus cubiertos, su energía. Se agrupan todas con la misma prioridad, que ningún vecine se quede sin un plato de comida. Organizaciones sociales, colectivos migrantes así como también la población LGTBQ, han asumido la tarea del armado de las redes de distribución de alimentos y ropa para los barrios e incluso para la población en situación de encierro.

Las ollas nuevamente son protagonistas y salieron a la calle en la medida que el empobrecimiento se hace cada vez más brutal. Siguiendo esta línea teórica, son pertinentes los aportes de Cavallero y Gago (2020), donde afirman que “las ollas con vistas desde el poder como fueron los calderos de las brujas: espacio de reunión, nutrición y conversación donde se teje la resistencia, donde se fabrica cuerpo común como conjuro frente al hambre, donde se cocina para oponerse y conspirar contra la condena de la pobreza y la resignación” (p.35). Habitualmente estas tareas de cuidado colectivo son mayoritariamente desarrolladas por mujeres, lesbianas, trans y travestis, inscribiéndose en sus cuerpos la violencia de la crisis. Siguiendo con los aportes de las autoras Cavallero-Gago (2020) y Segato (2013), sacar las ollas a la calle es también hacer político lo doméstico, tal y como lo viene haciendo el movimiento feminista “haciendo de lo doméstico un espacio abierto en la calle” (Segato, 2013: 53).

## #QuedateEnCasa

Es central que nos preguntemos ¿Qué implica #QuedarseEnCasa para aquellos sectores cuya fuente de ingresos son insuficientes y depende salir a la calle a trabajar?

Las personas que hoy forman parte de la EP en el contexto de pandemia por COVID-19 se enfrentan a un problema de gran magnitud, y es que, si pierden la calle, no pueden trabajar; si no trabajan, no comen. Por consiguiente, podemos decir que, la pandemia no solo afecta a la salud pública, sino que también refuerza las desigualdades históricas, tornando aún más precaria la vida en los barrios más vulnerables.

A esta situaciones de precariedad debemos sumarle las condiciones habitacionales, alimentarias y sanitarias. Por eso, “cuando pensamos en el grado de exposición el COVID-19 de quienes desarrollan sus trabajos y redes de cuidado puertas afuera, de quienes no pueden hacer teletrabajo para llenar la olla, también debemos contemplar las implicancias igual de complejas en términos de la reproducción de la vida” (Fernández, 2020). Si no trabajan no comen y si salen a trabajar son perseguidos, criminalizados. Se encuentran en una franja muy alta de ser posibles transmisores, poniendo en riesgo no solo su salud, sino la de toda su familia.

Cuando pensamos en el grado de exposición frente a las adversidades del virus de quienes desarrollan sus labores y redes de cuidado puertas afuera, de quienes no tienen la posibilidad de hacer teletrabajo para llenar la olla, debemos contemplar las implicancias iguales o más complejas en términos de la reproducción de la vida. Como señalan las miradas feministas, “la vida no se sostiene únicamente a través del mercado. Son aquellas tareas no remuneradas, habitualmente realizadas por mujeres y en los espacios vinculados con lo doméstico las que mueven el mundo” (Fernández- Pacifico- Señorans, 2020).

## La deuda de los cuidados

Que las tareas domésticas y de cuidado sean responsabilidad casi absoluta de las mujeres no es algo nuevo. De hecho, es parte de los reclamos de la movilización de las mujeres en diferentes lugares del mundo. Dicho esto, son pertinentes los postulados de Silvia Federici (2018): en su libro la autora menciona que aunque el trabajo doméstico no se traduce en un salario para nosotras, producimos “el producto más precioso que puede aparecer en el mercado capitalista: la fuerza de trabajo” (p. 26).

Si bien sabemos y reconocemos que nos encontramos frente a un proceso de transformaciones socioculturales, se sigue reproduciendo y naturalizando que las mujeres tenemos una “aptitud natural” para las tareas de cuidado. En este sentido, el trabajo doméstico y de cuidado, pago o no, full time o part time, sigue siendo trabajo no valorado socialmente, gratuito o mal pago “desde que el término mujer se ha convertido en sinónimo de ama de casa, cargamos, vayamos donde vayamos, con esta identidad y con las «habilidades domésticas» que se nos otorgan al nacer mujer. Esta es la razón por la que el tipo de empleo femenino es habitualmente una extensión del trabajo reproductivo y que el camino hacia el trabajo asalariado a menudo nos lleve a desempeñar más trabajo doméstico” (Federici, 2018: 31). Es posible ver en este punto que existe un debate histórico acerca de la salarización de los cuidados y, al mismo tiempo, es un gran desafío que el salario que remunere las tareas no quede en los escalones más bajos de la escala salarial (Cavallero-Gago, 2020).

En el marco de la pandemia, los hogares empezaron a enfrentar una carga extra de tareas domésticas y de cuidados no remunerados que, en los tiempos de la vieja normalidad, se resolvían de diversas formas. Con la llegada de la pandemia, las horas dedicadas a la limpieza, cocina y la organización del hogar aumentaron, así como también las horas dedicadas a los cuidados de los niños, personas mayores, sumando las tareas de cuidado colectivo. Al mismo tiempo muchas actividades cotidianas fueron trasladadas a la esfera doméstica, aumentando el trabajo no remunerado que

ya realizamos al interior de los hogares, poniendo en evidencia la desigual distribución de tareas entre los géneros y la doble, triple o cuádruple jornada laboral de las mujeres; ya no cuentan con un descanso sino que trabajan todo el día. Retomando los aportes de Cavallero y Gago (2020), es posible advertir que la dimensión gratuita, no reconocida, subordinada, intermitente y a la vez permanente del trabajo reproductivos, es útil a fin de poder leer los componentes de la precarización como un proceso acelerado.

El aumento de horas destinadas a esta tarea durante la cuarentena no tiene tanto que ver con el aislamiento sino, como se ha mencionado anteriormente, con el rol que se les asigna a las mujeres en las sociedades capitalistas, como una extensión de su capacidad biológica de reproducir la vida (que nada tiene que ver con esas tareas). Quienes se encargan de las tareas de cuidado, hacen malabares entre el mundo doméstico y el mundo público, sosteniendo un engranaje enorme invisibilizado. El trabajo de cuidados, no existe, nadie lo registra, es invisible y sin embargo es imprescindible.

Es necesario revisar las prácticas sobre el cuidado, a fin de deconstruir la “naturalización” del ser y el deber ser de la adjudicación del cuidado a las mujeres. Desacoplar los cuidados de los mandatos de género. No se trata de una batalla cultural, sino estrictamente política (Cavallero-Gago, 2020).

## **Políticas públicas frente a la pandemia, deuda y reproducción social**

Sabemos que las políticas sociales que parecen meras transferencias monetarias, están cargadas de connotaciones morales negativas y estigmatizantes, que al mismo tiempo legitiman o deslegitiman formas de vida.

El Estado es vital para contrarrestar los efectos del aislamiento. La propuesta de transferir dinero a gran escala como una estrategia de redistribución de la riqueza es difícil de digerir para quienes asumen que el único ingreso económico aceptable es aquel que “se gana” mediante el esfuerzo individual, o para quienes utilizan

el latiguillo de que “los subsidios retribuyen a la vagancia”. Lo que se pone en juego son connotaciones morales acerca del mérito. Y por eso se repite un discurso centrado en responsabilidades individuales que hace oídos sordos a la desigualdad de oportunidades.

Las medidas de transferencia de ingreso y garantía que el gobierno ha desplegado para enfrentar la crisis han sido significativas, pero insuficientes. El Ingreso familiar de emergencia (IFE) de 10.000 pesos para trabajadores informales y monotributistas, junto con bono adicional de 3.000 pesos a los trabajadores que perciben planes sociales y un bono equivalente a una asignación para quienes perciben la AUH, las tarjetas alimentarias, el congelamiento de alquileres y la suspensión de desalojos de viviendas, el postergamiento de los créditos de Anses, han sido medidas acertadas, sin embargo son medidas que apenas permiten la supervivencia. Está claro que la crisis no afecta a los distintos estratos poblacionales de la misma manera. Las mujeres, lesbianas, trans y travestis pobres, son las más castigadas por la desigual e injusta distribución de la riqueza. En esta dirección, es central traer el debate los aportes de Pautassi (2003) quien afirma que:

“un dato relevante en término de calidad de vida de las mujeres se relaciona directamente con: i) cada vez más las mujeres se incorporan más jóvenes al mercado de trabajo y en condiciones de precariedad, y se retiran más tarde, ii) esto condiciona la existencia y los niveles de cobertura de los sistemas de seguridad social y la disponibilidad de ingresos para sus necesidades; iii) las dificultades para el acceso a los servicios de salud y educativos se agravan a medida que aumenta la precariedad; iv) los cambios en la composición de los hogares, a partir de la definición de los roles al interior de la familia y los consiguientes arreglos familiares que se conforman a medida que avanza el proceso de envejecimiento de la población en tanto son las mujeres quienes tienen mayor sobrevivencia que los varones” (p. 26)

A la crisis junto con las medidas de transferencia de ingresos, se le agrega la bancarización individualizante que ha sido condición clave para la “explotación financiera de la población asistida” (Gago, 2014; Gago, 2019). Siguiendo la línea teórica de Gago y

Cavallero (2020), esto es posible dado que se da en un contexto donde el salario deja de ser garantía para contraer deuda y es reemplazado por el subsidio, que pasa a ser garantía estatal para la toma de crédito de las poblaciones no asalariadas. De esta manera el endeudamiento se vehiculiza a través de los subsidios que el Estado entrega a los sectores vulnerables. El hecho de endeudarse conlleva a aceptar trabajos de cualquier tipo sosteniendo la precarización. Es fundamental mencionar el carácter feminizado de las economías populares:

“(…) precarizadas, en muchos niveles a-legales en su doble sentido: cuantitativo, por la mayoritaria presencia de mujeres en el rol de “jefas de hogar”, es decir, principal sostén familiar; y cualitativo, en relación al tipo de tareas que se realizan y que tienen que ver también en términos mayoritarios con labores de cuidados comunitarios, de provisión de alimentos, de seguridad y de limpieza barrial, y de modo extenso de producción de infraestructura de servicios básicos para la reproducción de la vida” (Cavallero-Gago,2020: 25)

Las finanzas (la bancarización, las tarjetas de crédito incluso las entidades de “Efectivo ya”) en tiempos de crisis, se han apoderado a través del endeudamiento generalizado de las economías domésticas y familiares. De esta manera, la financiación de la vida hace que los sectores más vulnerables se vean obligados a contraer deuda para pagar alimentos, medicamentos así como para financiar cuotas con intereses altísimos por el pago de los servicios básicos, “la subsistencia por sí misma genera deuda”, mencionan Cavallero y Gago (2020). Al interior de los hogares, en los barrios, las familias, la figura de la deuda y la obligación financiera hace que los vínculos se vuelvan cada vez más frágiles y precarios.

Desde el comienzo de la pandemia, la demanda por parte de los sectores populares recae sobre una extensa red de comedores y espacios comunitarios, que día a día tuvieron que adaptar sus precarias instalaciones para cumplir con los protocolos de distanciamiento, al mismo tiempo que veían multiplicarse las filas de vecines, personas en situación de calle, niños que necesitan acceder a un plato de comida, ante la imposibilidad de generar ingresos y

subsidios insuficientes. Si bien es importante remarcar que hubo intentos por parte del Estado de garantizar el abastecimiento y el aumento de raciones estas respuestas llegan a destiempo para cubrir las necesidades básicas y garantizar derechos.

## Reflexiones

Las mujeres, lesbianas, trans y travestis suelen ser mayoría en las redes de ayuda comunitaria. Hoy son ellos quienes enfrentan las responsabilidades de los cuidados. Estar al cuidado de otros significa siempre una carga emocional particular.

Quedarse en casa, circular lo menos posible, la disminución de los contactos sociales, son las estrategias preventivas dispuesta para achicar la curva de contagios, frenar la propagación del virus y evitar el colapso sanitario pero ¿en qué casas se quedan los trabajadores de la EP? Muchos de ellos viven en barrios populares, en situaciones habitacionales precarias, con casi nulo acceso a los servicios básicos (luz, agua, cloacas, internet). En estos espacios, hoy más que nunca, sostener la vida está en manos de las organizaciones colectivas, la autogestión, la solidaridad entre vecinos que se reinventan día a día.

Creo que la creatividad popular requiere de un fuerte acompañamiento por parte del Estado, de políticas públicas acorde a las necesidades locales de la población y de las organizaciones que hicieron oír sus demandas a fin de proteger a los sectores vulnerables de la sociedad.

## Referencias bibliográficas

- ARENAS, N. (2021): *¿Alguien puede pensar en la feminización de la pobreza?*. Recuperado a partir de
  - <http://cosecharoja.org/segunda-ola-alguien-puede-pensar-en-la-feminizacion-de-la-pobreza/>
  - CAVALLERO, L; GAGO, V. (2020): Una lectura feminista de la deuda. ¡Vivas, libres y desendeudadas nos queremos! Buenos Aires: Rosa Luxemburgo.

- CAVALLERO, L; GAGO, V. (2020): *Deuda vivienda y trabajo: Una agenda feminista para la pospandemia*. Recuperado a partir de <http://revistaanfibia.com/ensayo/deuda-vivienda-trabajo-una-agenda-feminista-la-pospandemia/>
- FEDERICI, S. (2018): *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Introducción. Capítulos 1 y 3. Traficantes de Sueños. Madrid.
- FERNÁNDEZ, M; PACIFICO, F; SEÑORANS, D. (2020): *Economía popular y cuidados colectivos. Parar la olla durante la pandemia*. Revista Anfibia. Recuperado a partir de <https://www.revistaanfibia.com/parar-la-olla-durante-la-pandemia>.
- PALOMO, M. T. (2008). Los cuidados y las mujeres en las familias. *Política Y Sociedad*, 45 (2), 29 - 47. Recuperado a partir de: <https://revistas.ucm.es/index.php/POSO/article/view/POSO0808230029>
- PAUTASSI, L. (2007): *El cuidado como cuestión social desde un enfoque de derechos*. Unidad Mujer y Desarrollo de las Naciones Unidas, Santiago de Chile.
- SEGATO, R. (2013): *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez Territorio, soberanía y crímenes de segundo estado*, Buenos Aires.
- Mil ollas populares contra el hambre. Cosecha Roja. Recuperado a partir de <http://cosecharoja.org/mill-ollas-populares/>